

# Insoportable levedad de nuestros intelectuales



Los intelectuales latinoamericanos están condenados a sufrir de hemiplejía? Ser de "izquierda", como lo son en su mayoría, no es un mal.

Tampoco es una originalidad en países donde las derechas no han sabido administrar, forjar un destino común de desarrollo y la justicia social.

Pocos de estos intelectuales han visto, pues, triunfar sus ideas. Con todo, también son responsables de la situación desesperada que atraviesan sus países. Porque, adhiriendo al discurso marxista-leninista, les han negado cualquier evolución. En efecto, ¿para qué reformar un mundo que hay que destruir? ¿Para qué ver el mundo, en su complejidad, si el marxismo les permite explicarlo en diez minutos? ¿Acaso no hay ricos muy ricos y pobres muy pobres; terratenientes y campesinos sin tierra; militares fascistas como Pino-

gunos años, tenían la impresión que los intelectuales servían para algo. Sartre, Aron, Simone de Beauvoir eran sus prototipos. Sus opiniones pesaban en el país. Era la época cuando la plata tenía mal olor.

El cambio ha sido brutal. Hoy "ganar" ha reemplazado a "pensar". Filósofos y demás pensadores ya no están en la bolsa de valores. Los "profetas modernos" son actores, deportistas, cantantes o empresarios. Bernard Tapie, un empresario de 40 años, llena sa-

las con 5.000 jóvenes que pagan por ir a verlo. Y un programa televisado de Yves Montand supera en sintonía una alocución presidencial.

La cultura ha seguido el mismo proceso: "Cultura" era Proust, Beckett, Borges, Brahms, Bartok, Fellini, Picasso o Pollock. Hoy no. En Europa, cada uno denomina "cultura" su objeto de placer. El video, el rock, la publicidad, las tiras dibujadas, los graffitti o, simplemente, la manera de vestirse. Todos son sectores donde "se crea". Genera-

dores de comportamientos. Forjadores de esa religión moderna que se llama "look"; la apariencia. Se vive, dicen ambos filósofos, más en una época de sensaciones que de pensamientos. No hay mentiras. Ni verdades. Ni cosas feas o bellas. Ni reflexiones superfluas o profundas. Hay una paleta infinita de placeres diferentes. Iguales.

Así, por primera vez en su historia, afirman Levy y Finkiel-Kraut, la cultura no tiene definición. El no-pensa-

(Pasa a la página 10)

